

BIEN COMPRENSIBLE

Después de la batalla de Gettysburgo, entré en la habitación de mi hijo, un joven oficial que yacía herido y se encontraba al borde de la muerte. Al llegar yo, despertó de su letargo, y haciéndome señas para que me aproximara a su lecho, puso sus brazos en derredor de mi cuello.

-Padre mío, cuánto me alegro de verte aquí. Temía que no llegaras a tiempo. Estoy muy débil para poder hablar, ¡pero tengo tanto que decirte! ¿Qué noticias me traes de mi buena madre y de mi hermana?

Los que vivían en esa casa me informaron entonces que no había más esperanza de salvarlo. Atormentado por la incertidumbre me dirigí al doctor.

-¿Qué me dice del estado de mi hijo, doctor?

-Es un caso perdido. Ya no hay manera de salvarlo. Se ha hecho todo lo que la ciencia y el cuidado humano pueden hacer. Su hijo fue un soldado valeroso que se granjeó la estima del ejército y de todos los que lo conocen, pero ahora está a las puertas de la muerte. Después de la amputación de uno de sus miembros se declaró la gangrena, que ha resistido a todos los medios empleados para combatirla.

-¿Cuánto tiempo cree Ud. que puede vivir todavía?

-Cuatro días a lo sumo, pero la muerte puede sobrevenir de un instante a otro, pues existe peligro de la ruptura de alguna arteria, que tendría consecuencias fatales. Si piensa hacer algo por él, debe hacerlo ahora.

-¿Sabe mi hijo la verdad acerca de su estado?

-No, señor. Pensábamos que debíamos dejarle a Ud. tan penosa responsabilidad, pues lo esperábamos de un momento a otro.

Volviendo a entrar en la pieza con la dolorosa noticia, que me laceraba el alma, los ojos de mi hijo se fijaron en mí.

-Siéntate aquí cerca de mí, padre mío; ¿conversaste con el doctor sobre mi condición?

-Sí.

-¿Qué dice él? ¿Piensa que me restableceré?

Siguieron algunos momentos de angustioso silencio.

-No temas contarme lo que te reveló.

-El me dijo que vas a morir.

-¿Y cuánto tiempo juzga que puedo vivir?

-Cuatro días como máximo, pero advirtió, sin embargo, que la muerte puede sobrevenir en cualquier momento, pues existe el peligro de la ruptura de alguna arteria, cosa que no resistirías.

Haciendo entonces un esfuerzo, dijo:

-¿Será eso cierto, padre mío? ¿Habré de morir? ¡Oh, no es posible, no puedo morir, no estoy preparado para la muerte! Dime cómo debo prepararme para poder afrontarla; pero dímelo de manera que pueda comprenderlo. Dímelo en pocas palabras para que pueda verlo claramente. Sé que lo sabes, porque ya se lo dijiste a otros. El momento no era para lágrimas, sino que exigía calma y lucidez a fin de conducir un alma a Cristo: ambas cosas las tuvo el padre.

-Veo, hijo mío, que temes la muerte.

-Sí, la temo, padre mío.

-Debo suponer, por lo tanto, que te sientes culpable.

-Ciertamente, fui un joven de vida liviana. Tú sabes cómo es la vida en el ejército.

-Deseas obtener el perdón de Dios, ¿verdad?

-Oh, sí, es lo que anhelo; ¿puedo obtenerlo ahora, padre mío?

-Sin duda.

-¿Puedo tener la seguridad del perdón antes de morir?

-Sí. .

-Entonces dime de qué manera, pero dímelo claramente para que pueda comprenderlo.

Súbitamente me acudió a la memoria un hecho del tiempo en que mi hijo iba a la escuela. Ya casi lo había olvidado. Ahora, sin embargo, se me presentó nítidamente a la, memoria, proporcionándome justamente lo que necesitaba para guiar el corazón angustiado de mi hijo a su único Salvador.

-¿Te acuerdas de cierta ocasión cuando tras reprenderte por una mala acción te enojastes hasta el punto de dirigirme algunas palabras duras?

-Sí, padre mío, hace pocos días, cuando esperaba aquí tu llegada, recordé ese hecho, y me entristecí mucho y deseé que hubieras estado aquí para pedirte perdón una vez más.

-Recuerdas cómo, después de pasado aquel primer acceso, volviste a mí arrepentido y, arrojándote a mi cuello dijiste: "Padre mío, siento mucho haberte ofendido. No fue tu hijo el que hizo eso; sucedió en un momento de arrebató. ¿Quieres perdonar mi ofensa?"

-Lo recuerdo muy bien.

-¿Te acuerdas también de lo que te dije cuando estabas llorando en mis brazos?

-Sí, tú me contestaste: "Hijo mío, te perdono de todo corazón", y me besaste. Nunca voy a olvidar aquellas palabras.

-¿Las creíste?

-Sí, nunca las puse en duda.

-¿Te sentiste feliz entonces?

-¡Oh, muy feliz! y desde entonces te amé más. No puedo olvidar la satisfacción que experimenté cuando, mirándome con ternura, me dijiste: "Te perdono de todo corazón".

-Pues, bien, hijo mío, ése es exactamente el modo en que debes ir a Jesús. Confiésale el pesar que sientes por los pecados cometidos, como me lo confesaste a mí aquella vez, y él te perdonará mil veces más rápidamente de lo que lo hizo el amor de un padre. El dice que lo hará; debes creer, pues, su palabra como creíste la mía.

-¿Es ésta la manera en que la gente llega a ser cristiana, padre mío?

-No conozco otra.

-¡Oh, comprendo; y cuánto me alegro de que hayas venido para enseñármela!

Dio vuelta entonces la cabeza en la almohada como para descansar. Yo, sin embargo, no pudiendo dominarme más, me dejé caer en una silla y comencé a llorar. Mi parte estaba hecha, confiaba el resto al Señor, y, como luego pude observar, él no dejó de cumplir también la suya. El corazón contrito había confesado y oído de él las palabras anheladas: "Tus pecados te son perdonados"; y las creyó. Algunos momentos solamente y el nuevo nacimiento se había producido; el corazón atribulado había hecho una breve oración, y, habiendo creído en las palabras del Señor, había experimentado su poder regenerador. Un alma había pasado de las tinieblas a la luz admirable y del poder del pecado y del diablo a Dios. Luego sentí que una mano trémula me tocaba y una voz profería la palabra "padre" en tono tan lleno de dulzura, que tuve la seguridad de que el cambio se había producido.

-Padre querido, no llores. Estoy feliz, Jesús me perdonó. Sé que él lo hizo porque su Palabra lo dice y yo lo creo. No temo más la muerte. Con todo, si Dios quisiera concederme la vida, desearía vivir para poder cuidar de ti y de mi querida madre, pero si debo morir, no tengo ningún temor, porque Jesús me perdonó. Y ahora, padre mío, te pido que ores conmigo.

Oramos juntos, y nuestra oración fue contestada.

-Padre mío, estoy muy feliz. Ahora creo que he de restablecerme, y ya me siento mejor.

A partir de ese instante, cambiaron todos los síntomas, el ritmo cardíaco disminuyó y su apariencia revelaba una mejoría.

Después entró el médico, y al encontrarlo alegre y feliz, lo miró, le tomó el pulso y dijo:

-Está mejor,

-Estoy mejor, doctor, y voy a sanar. Dios escuchó mi oración.

Por la noche, tres cirujanos se reunieron en consulta, y el caso fue juzgado completamente perdido. Uno de ellos se despidió de mi hijo sin manifestar ninguna esperanza de volver a verlo con vida.

Por la mañana siguiente, los otros dos médicos volvieron como de costumbre para tratarle la herida. Al sacar las vendas, sin embargo, quedaron espantados, y exclamaron:

-¡Oh, Dios! ¡Qué milagro es éste! La gangrena desapareció; su hijo vivirá; Dios contestó sus oraciones.

-Sí, doctor -respondió mi hijo-, ya le dije ayer que creía que iba a sanar, porque le expresé al Señor mi deseo de vivir para realizar algún bien. Sabía que había contestado mis oraciones, y ahora Uds. pueden convencerse de ello.

¡Alaben conmigo al Señor! Entretanto, el telégrafo había llevado a nuestra casa la consternadora noticia: "Nuestro hijo muere", cubriendo el corazón de la familia de tristeza y luto. Al día siguiente, sin embargo, un segundo telegrama les anunciaba: "Nuestro hijo vivirá y está feliz en Cristo", Y al luto y a la tristeza sucedieron la alegría y el júbilo. Ahora vive, rodeado de honra y prosperidad, como miembro de la iglesia de Cristo y padre de una familia feliz; dedica todo su tiempo al servicio de su Creador. Este caso me resultó útil también a mí, ya que me hizo mejor hombre y mejor siervo de Cristo. Nunca olvidaré la lección que mi hijo me dio con aquellas palabras: "Dímelo claramente para que pueda comprenderlo". Esa frase fue la base de muchos de mis sermones, Y Dios los coronó de éxito.-Un pastor.